

Del libro inédito de poesía

En busca de una luz para mis recuerdos

Robinson Quintero Ruiz

Y seguimos siendo los mismos

Volver a vivir los días del pasado
una flor de luz, la bondadosa palabra
que a todos nos redime,
que llena nuestra voz
con el aroma de lo infinito.

Aquí quedan los pasos,
los lugares que a ratos nos sueñan,
las paredes de una casa
donde transita la melancolía,
los árboles en las calles
que reverdecen de mañanas y atardeceres,
ese corto respiro de la lluvia
y seguimos siendo los mismos
entre ruidos, transeúntes y nubes

que prolongan nuestra heredad
en esta tierra, en este breve momento
donde acechan los recuerdos,
donde lo humano crece encima de todo
y todas las cosas que aún nos acompañan
repiten nuestros actos más sencillos.

El mundo se ensancha con nosotros,
en el aliento presuroso del corazón
de un nuevo día,
en la imagen de un cielo incalculable,
en el dolor que nos hace mortales
con el saludo invisible de la vida.

Escucha la música, solo la música
que nos aleja de cualquier desgracia,
que ahora atraviesa el aire
y promete la fe de otro renacer,
de un hogar perdurable donde nada se extraña.

En busca de una luz para mis recuerdos

Por cada recuerdo que cambia el curso
de nuestra historia de tierra y polvo,
que traza caminos enteros para el eco
de una melancolía y los pasos de otro despertar.

Del mundo que nos entrega el agua dulce
de los sueños y los anhelos bajo un cielo sofocado
en las tardes de agosto que son siempre
las mismas tardes en nuestros huesos.

Ahí, en un pasado que el olvido y la tristeza
no pueden derrotar con facilidad,
en la puntual palabra que alegra la mañana
con canto de aves en el corazón del cielo.

En todo el tiempo lento y oportuno
que nos hace hombres forjando la realidad
en una casa llena de la memoria de los días.

En todos los espacios que nos extienden,
en cada objeto señalado por la existencia,
en las jornadas del amor y la muerte
como una moneda con diferentes lados,
en los tantos fragmentos de nuestras vidas
a lo largo de un adiós y otras despedidas,

en el minúsculo milagro de la lluvia que cae
sobre un patio y un tejado en años de infancia,
por el dulce olor de los momentos agradables
en cada ceremonia familiar que contempla
la celebración de lo que fuimos en cada paso,
en cada luz que enciende de repente esta nostalgia.

Cada vez es mayor el peso de la ausencia
entre el silencio que viene y va como una cometa
impulsada por el viento inmarcesible que te convierte en canción
en cada pedazo de lo que escribo y es sangre natural
a través de las raíces de otras voces
que aumentan la fe y la redención por atestiguar
cosas imposibles al fondo de toda esperanza.